LOS FRUTOS PERDIDOS: LOS INTELECTUALES DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES EN EL EXILIO

Álvaro Ribagorda

Universidad Complutense de Madrid

a_ribagorda@hotmail.com

ABSTRACT: *The Spanish exile in 1936 was one of the most traumatic chapters in the Spanish history. Thousands of intellectuals were forced to leave Spain, where they were persecuted, sentenced and damned by Franco's dictatorship. The "Residencia de Estudiantes" had been the most representative institution of Spanish modernization before the civil war, and many of the most important Spanish intellectuals who had to go into exile were really close to "Residencia". When we study some of these biographies, we could try to understand the Spanish exile contribution to the cultural development in other countries, and the incredible waste for Spain.*

KEY WORDS: *Exile, cultural relations, "Residencia de Estudiantes", "JAE", intellectual history, cultural history.*

THE LOST FRUITS: THE INTELLECTUALS OF THE "RESIDENCIA DE ESTUDIANTES" IN THE EXILE

RESUMEN: El exilio español de 1936 supuso uno de los episodios más traumáticos de la historia española. Miles de intelectuales se vieron obligados a abandonar España, donde fueron perseguidos, condenados y difamados por la dictadura de Franco. La Residencia de Estudiantes había sido la institución más representativa de la modernización de España antes de la Guerra Civil, y muchos de los intelectuales españoles más importantes que tuvieron que exiliarse estaban estrechamente ligados a la Residencia. Estudiando las biografías de algunos de ellos podemos intentar comprender la aportación del exilio español al desarrollo cultural de otros países, y la extraordinaria pérdida que su marcha supuso para España.

PALABRAS CLAVE: Exilio, relaciones culturales, Residencia de Estudiantes, JAE, historia intelectual, historia cultural.

*"Tu destino es mirar las torres que levantan,
la flores que se abren, los niños que mueren;
aparte, como naípe cuya baraja se ha perdido"*
Luis Cernuda

La Residencia de Estudiantes fue el centro más emblemático del proyecto de modernización de la sociedad española mediante la educación en el primer tercio del siglo XX, y uno de los núcleos más brillantes de la "Edad de Plata" de la cultura española.

Se creó en 1910 como un centro educativo de la Junta para Ampliación de Estudios (JAE), por inspiración directa de Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza, y bajo la supervisión personal del secretario de la Junta, José Castillejo. Se trataba de un pequeño colegio universitario,

dirigido por Alberto Jiménez Fraud, que para completar la decadente enseñanza universitaria, y siguiendo el modelo de los *colleges* de Oxford y Cambridge, pretendía ofrecer un alojamiento apropiado y una formación cultural y humana a varios cientos de universitarios que estaban llamados a ser las élites rectoras del país. Su propósito –como el de la propia JAE– era convertirse en un núcleo de irradiación que tuviese un efecto multiplicador en la transformación de la sociedad (Jiménez Fraud, 1972, 77) y sus múltiples actividades pronto hicieron de ella un núcleo incomparable de difusión cultural.

La Residencia consiguió crear un ambiente cultural de alto nivel, en el que los estudiantes pudieron convivir con los intelectuales más destacados, siendo la propia atmósfera de la Residencia la que estimuló en gran medida su desarrollo intelectual. Contó para ello con un sistema de tutorías de estilo anglosajón, completado con frecuentes excursiones, un extenso programa de cursos, conferencias, recitales literarios, veladas musicales, etc.

La Residencia consiguió así que varios cientos de científicos, ingenieros, médicos, escritores, artistas, historiadores, etc., pudiesen convivir casi a diario con algunos de los intelectuales españoles más destacados del momento como Juan Ramón Jiménez, Unamuno, Ortega, Moreno Villa, Juan Negrín, Pío del Río Hortega, Blas Cabrera o Eugenio D'Ors.

Asimismo, el programa de conferencias de la Residencia hizo desfilar por su salón de actos a algunos de los nombres más célebres de la cultura occidental, como Einstein, Henri Bergson, Stravinsky, Marie Curie, Marinetti, Keynes, H. G. Wells o Le Corbusier, que pasaron algunos días entre los residentes, e hicieron de la Residencia uno de los centros culturales más vibrantes del primer tercio del siglo XX español (Ribagorda, 2007c).

A ello pronto se sumó la creación de una editorial propia en la que se publicaron las obras de Ortega, Machado, Unamuno, Blas Cabrera, García Morente, Federico de Onís o Azorín. Junto a esta pequeña editorial, entre 1926 y 1934, la Residencia de Estudiantes publicó además la revista *Residencia*, que fue dando noticia de sus actividades culturales, y ofreció una interesante colección de artículos de alta divulgación en los que se daban a conocer de primera mano los principales avances de la ciencia, la historia, la antropología, la pedagogía, etc., ensanchando de forma notable su capacidad de influencia y su radio de acción (Ribagorda, 2006b, 2007a).

De esta forma, la Residencia de Estudiantes se convirtió en un brillante espacio de sociabilidad intelectual, y fue el centro que mejor capitalizó el objetivo de la Junta –y el espíritu institucionista– de crear una influencia difusa que actuase sobre sus miembros y se fuese extendiendo al resto de la sociedad. Como señalaba Vicente Cacho “la Residencia se convirtió muy pronto en el escaparate de la Junta: ninguna otra de sus actividades visualizaba

de manera tan obvia la imagen de una España naciente, cuya madurez llegaría con la de aquella selecta juventud” (Cacho Viu, 1988, 16).

Al producirse la sublevación militar de 1936 e iniciarse la Guerra Civil, la Residencia de Estudiantes estuvo bajo protección diplomática los primeros días hasta que se evacuó a los estudiantes extranjeros de los Cursos de Vacaciones. Después la Residencia acogió a un grupo de niños de las colonias escolares, y en agosto fue ocupada por una unidad motorizada de milicias. En octubre de 1936 la sustituyó una compañía de guardias de asalto, hasta que en marzo de 1937 la Residencia quedó convertida en un hospital de carabineros, bajo la dirección de Luis Calandre, antiguo médico y director de uno de los laboratorios científicos de la Residencia, que estuvo al frente de la misma hasta la ocupación de Madrid por las tropas de Franco (Ribagorda, 2006a).

Paradigma del liberalismo progresista del primer tercio del siglo XX, durante la Guerra Civil la Residencia fue satanizada por los fascistas y levantó también numerosos recelos entre la izquierda revolucionaria. De esta forma, en agosto de 1936, según indican David Castillejo y Sánchez Vidal, Alberto Jiménez Fraud quemó cuantos papeles del archivo de la Residencia de Estudiantes consideró que podían ser el pretexto que costase la vida a sus antiguos colaboradores, junto con los recuerdos de su propia vida (Castillejo, 1999; Sánchez Vidal, 1988). En aquel Madrid no había sitio para una institución como la Residencia, y mucho menos cabría esperar de los militares sublevados que se repartían su presa antes de abatirla. La Guerra Civil había acabado con cualquier esperanza de futuro.

Poco después, el director de la Residencia partió con la mayor discreción hacia París, donde se iniciaría su exilio. Muchos de los miembros más insignes de la Residencia iniciaron entonces, como don Alberto, un camino sin retorno en el que España perdió para siempre a varias de las generaciones más brillantes de su historia. Víctimas de la persecución, la difamación, el desarraigo y la nostalgia, muchos de los intelectuales más vinculados a la Residencia de Estudiantes tuvieron que diseminar en tierras extrañas su extraordinario caudal. Con desigual fortuna, muchos consiguieron proseguir sus actividades en diversas partes del mundo, abriendo incluso nuevas y fructíferas líneas de trabajo en otros países, que contrastaban vivamente con

la miseria moral que asoló la cultura –y la vida misma– de España durante el franquismo.

En contraste con los arribistas y contemporizadores que poblaron las cátedras, tribunas y pedestales de la cultura oficial durante la dictadura, las trayectorias biográficas y la actividades culturales que algunos de los miembros más brillantes de la Residencia llevaron a cabo en paralelo, constituyen un buen ejemplo del drama íntimo y la pérdida nacional que supuso el exilio de los intelectuales.

1. DESANDAR LA HISTORIA: RETORNO A LA ESPAÑA DE LA CONTRARREFORMA

En el plano intelectual la actuación consciente y premeditada del franquismo supuso una desastrosa destrucción de instituciones y una fanática persecución humana y científica, que prácticamente aniquiló el tejido cultural español, para imponer a sangre y fuego –literalmente– una oscuridad atroz.

En mayo de 1938 los militares sublevados crearon el Instituto de España, un órgano para integrar las Reales Academias, y del que según el decreto fundacional pasaban a formar parte los servicios de la JAE, quedando así disuelta. Se trataba, desde luego, de una mera ficción, una exposición de intenciones que tardaría aún algún tiempo en realizarse, pues las tropas de Franco estaban todavía lejos de controlar Madrid y Valencia, donde el gobierno legítimo de la República continuaba sosteniendo el funcionamiento –prácticamente al ralenti– de la mayor parte de los centros de la JAE.

La aversión visceral de Franco y sus colaboradores hacia los intelectuales, y todo lo que estuviese relacionado con el mundo de la cultura, parece inherente a un dictador que basó su poder en la violencia arropado en una retórica vacua, a falta de cualquier otra legitimidad. Durante la guerra la aversión de Franco hacia la cultura se puso de manifiesto en sus continuos bombardeos sobre el Museo del Prado, la Biblioteca Nacional, la Ciudad Universitaria de Madrid, diversas escuelas, los locales de la JAE, y la propia Residencia de Estudiantes, en la que se llegó a proyectar la construcción de un refugio subterráneo para proteger a los pacientes del hospital que allí se encontraban.

La doctrina oficial del franquismo, apoyada en los tintes fascistas que Millán Astray había ejemplificado en pleno paraninfo de la Universidad de Salamanca con su conocido grito de “¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte!”, sería –como en tiempos de la Contrarreforma y la Inquisición– la persecución del conocimiento científico, supeditado en todo momento a los intereses ideológicos y pragmáticos del nuevo régimen. Franco contó para ello con el apoyo de la Iglesia católica, que proporcionó al dictador un eficiente aparato de represión íntima y pormenorizada, y una cierta cobertura ideológica y carismática, a cambio de crecientes cuotas de poder, que en materia cultural se plasmaron en la sustitución del conocimiento por la fe.

La Institución Libre de Enseñanza y todo lo que estaba relacionado con ella fue condenada, perseguida y difamada de forma sistemática (Suñer, 1938; VV.AA., 1940). Acabada la guerra, y como correspondía a los principios que regían la dictadura, muchos de los libros de los institucionistas –junto a los de otros autores cuyas obras planteaban ideas y conocimientos rechazados por los detentadores del poder–, fueron quemados en ejemplarizantes autos de fe.

Un gobernante con poder e impunidad absolutos, auto-intitulado “caudillo” con ínfulas medievales y autoerigido en líder de “la reserva espiritual de occidente”; el apoyo vehemente y el gran poder de la Iglesia que imponía sus dogmas morales hasta en los aspectos más íntimos de la vida privada; las cárceles y los patibulos atestados de presos políticos o meros disidentes ideológicos; y un país entero prácticamente arrodillado y amordazado ante el poder despótico de un tirano sanguinario que iría contando con el reconocimiento e incluso el apoyo de numerosos Estados: España desandaba la historia caminando hacia los tiempos de la Contrarreforma, con todos los elementos de la leyenda negra en pleno apogeo.

Pero la dictadura necesitaba además un aparato ideológico e institucional que sustituyese al entramado científico y cultural español de la Edad de Plata, y construyese y difundiese con los medios de comunicación modernos la propaganda ideológica del régimen. Para ello Franco contó con su propia corte intelectual, un grupo de escritores y profesores sedientos de gloria y poder –los Laín Entralgo, Tovar, Ridruejo, Pemán, Foxá, Giménez Caballero, Sánchez Mazas...– que se dedicaron a construir el aparato ideológico y retórico con el que se sustentaron un mito y una cierta

popularidad de un tirano que los despreciaba (Umbra, 1991; Carbajosa, 2003)

Desde el Ministerio de Educación Nacional, Ibáñez Martín se ocupó de liquidar cualquier atisbo de los avances que la educación había alcanzado en España en las décadas anteriores, y el aparato institucional fue redondeado con la creación en noviembre de 1939 del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), un organismo encargado de reorganizar –de acuerdo con los principios del régimen– el sistema científico español que el propio Franco había desbaratado.

La Junta para Ampliación de Estudios quedó entonces definitivamente aniquilada, y sus locales, sus recursos, sus publicaciones y su personal pasaron a manos del CSIC, cuya misma creación supuso el mayor de los daños que se podía infligir a la obra y legado de la Junta: suplantar la institución científica y cultural que más importancia había tenido en la modernización de España, por un ente creado para utilizar los restos de su plataforma científica como aparato de legitimación de un régimen reaccionario.

De esta forma, el CSIC lejos de continuar con la decisiva actividad científica, cultural y pedagógica de la JAE, fue durante el franquismo un singular instrumento ideológico de la dictadura en el que, tras una intensa depuración, varias docenas de arribistas –junto a algún que otro superviviente–, mancillaron y desarmaron un brillante entramado científico y cultural para convertirlo en un instrumento de propaganda ideológica sometido a intereses espurios, como reflejan claramente los primeros números de muchas de sus publicaciones.

La mejor metáfora de lo que Franco hizo con la JAE a través del CSIC se encuentra en la forma en que su exquisito campus fue desfigurado con nuevas construcciones caóticas, desapareciendo los campos de deporte, cambiando los nombres de sus institutos, o destruyendo uno de los más nuevos y vivos centros de la cultura europea, el Auditorium de la Residencia, sobre cuya estructura el arquitecto Miguel Fisac –igual que hicieron los ministros de Franco con la JAE– levantó para el *Opus Dei* la Iglesia del Espíritu Santo, capilla oficial del CSIC.

Junto a los jóvenes arribistas, o los intelectuales consagrados como Eugenio D'Ors, que encontraron su cetro a

la sombra del dictador, algunos de los intelectuales más importantes de la primera mitad del siglo XX español, que estrechamente ligados a la JAE y a la propia Residencia de Estudiantes habían sido hasta entonces figuras paradigmáticas del liberalismo español, regresaron a España en los años siguientes, mostrando en distinta medida su apoyo al dictador.

La adhesión fue en algunos casos un precio político impuesto, y estuvo limitada a una mera aquiescencia, que no les libró de las penurias que la dictadura impuso a toda actividad intelectual, pero al fin y al cabo su adhesión tuvo un valor simbólico importante del que todos ellos eran plenamente conscientes. Resulta por ello difícil comprender, por complejas que fuesen sus situaciones personales y por muy traumáticas que hubiesen sido sus breves experiencias en el Madrid en guerra, que intelectuales de la talla de Ortega, Baroja, Menéndez Pidal, D'Ors, Marañón o Azorín, mostrasen su adhesión –con entusiasmo o a regañadientes, según los casos– al régimen de Franco.

Jordi Gracia ha querido ver en la minúscula y soterrada “resistencia silenciosa” que muchos de ellos ofrecieron al absurdo sin paliativos de la retórica franquista, un tenue hilo de continuidad de la tradición liberal (Gracia, 2004) Pero aunque tiene un gran interés esa íntima resistencia, el hilo fue tan tenue, y ante todo tan privado, que parece difícil que pudiese sostener así tradición alguna, y no adelgaza un ápice la inmensa sombra que suponía ver los nombres de algunos de ellos en las principales tribunas del aparato cultural franquista, ni sus firmas adhiriéndose a una dictadura de tintes fascistas, algunas de ellas en plena guerra civil.

A diferencia de ellos, la mayor parte de las figuras más destacadas de la Residencia, tras superar toda clase de dificultades, continuaron su obra en el exilio y extendieron con ello buena parte de su legado científico, cultural y espiritual, ofreciendo a sus países de acogida los frutos tardíos de la espléndida obra de la JAE, que en España era perseguida y censurada por sus enemigos y suplantadores, y de la que aún son muchos los frutos que no se han incorporado al acervo de nuestra cultura, con la pérdida y la tremenda injusticia que esto supone.

La diferencia entre la actividad científica de los exiliados y la de las instituciones oficiales de la dictadura, llegó a

extremos grotescos, como muestra una carta del médico de la Residencia, Luis Calandre, a su antiguo discípulo Juan Planelles –científico exiliado en la URSS–, a propósito de la publicación de un artículo de éste en 1960:

"Querido amigo: He leído en la revista 'Paris Match' que la miceryna es más potente que la penicilina. Veo en este éxito el resultado de su buena preparación científica, de su gran perseverancia y de los medios, colaboraciones y alientos que ahí recibe. Acaso sea ése un modo de trabajar difícil, costoso y lento. Aquí se sigue para la investigación científica otro método más cómodo: al comienzo de cada curso, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas celebra una misa al Espíritu Santo, pidiéndole que con su intervención y sugerencias facilite la labor de los sabios, y hasta que vaya resolviendo por su cuenta lo que sea necesario. ¡Algo perezosillo anda en la misión que se le confía!"¹.

2. EL COLEGIO DE ESPAÑA EN PARÍS: REFUGIO DE INTELLECTUALES

Muchos de los miembros de la Residencia de Estudiantes, como tantos otros intelectuales, fueron tomando a lo largo de la guerra el camino del exilio, desarrollando en muchos casos en sus países de acogida una labor de gran valor científico y cultural, que dio lugar a la publicación de varias obras, la creación de algunas escuelas científicas o incluso la consecución de dos premios Nobel. En la España de Franco, se dictaron órdenes de persecución contra muchos de ellos, sus obras fueron prohibidas por atentar contra los valores patrióticos o la fe, y todos los que ocupaban cargos públicos fueron depurados.

Algunos partieron hacia el exilio en plena guerra, con la esperanza de regresar pronto, aunque muchos de los que se alinearon en contra del fascismo se encontraban también muy alejados de las ideas revolucionarias, y pronto se fueron sintiendo como una tercera España sin esperanzas de futuro (Ribagorda, 2006a) Para ellos la guerra era "una catástrofe sin precedentes", le escribía en mayo de 1937 Américo Castro –que había dirigido los Cursos de Vacaciones que se celebraban en la Residencia– a Federico de Onís –antiguo director de estudios de la misma–: "temo que las cosas se pongan insolubles, y que sea cual fuere

a la postre el resultado de la bárbara lucha, allí no va a poder vivir nadie en muchos años"².

Ésa fue la situación de muchos de los miembros de la Residencia, entre ellos su propio director. Después de más de 25 años de trabajo, en septiembre de 1936 Alberto Jiménez Fraud y Natalia Cossío salieron de la Residencia con dirección a Alicante, desde donde partieron en barco el día 14 rumbo a Marsella. Desde allí se dirigieron a París, donde llegaron "con 35 céntimos en el bolsillo".

En París vivieron una temporada en el Colegio de España. Este colegio, como la Fundación del Amo en la Ciudad Universitaria de Madrid o la propia Residencia de Señoritas, suponían una ampliación del proyecto pedagógico de la Residencia de Estudiantes, que había servido de modelo para ellos, y en conjunto formaban una federación de colegios universitarios presidida por Alberto Jiménez Fraud, a la que la guerra impidió que llegaran a sumarse el Colegio de España en Londres, y los Colegios de Alcalá y Córdoba en la Ciudad Universitaria de Madrid. La integración de estos colegios universitarios suponía una auténtica transformación del modelo universitario español, que gracias a la influencia de la Residencia de Estudiantes comenzaba a orientarse hacia el sistema de los *colleges* británicos.

El Colegio de España en París estaba dirigido por el antiguo residente Ángel Establier. El proyecto se había iniciado en tiempos de la dictadura de Primo de Rivera, pero la República lo había reorientado convirtiéndolo en una nueva Residencia dentro de la Ciudad Universitaria Internacional de París, y su organización la había supervisado el propio Jiménez Fraud³.

Durante la Guerra Civil, muchos de los refugiados españoles se dirigieron a París, y el Colegio de España se convirtió en el centro de acogida para varios intelectuales de la JAE y la propia Residencia. Establier acogió allí a muchos de ellos, independientemente de la distinta orientación que cada uno fue tomando. Con Jiménez Fraud y Natalia Cossío se encontraron durante los primeros meses de la guerra Severo Ochoa, Pío del Río Horta y Blas Cabrera, que formaron un pequeño núcleo de miembros de la Residencia con el que convivían también intelectuales como Baroja o Zubiri, y que estaba en estrecho contacto con Ortega, García Morente y Azorín, refugiados entonces también en

París (Jiménez Fraud, 1989, 33-34; Ochoa, 1999; Río-Hortega Bereciartu, 1993)⁴.

Muchos de ellos fueron gestionando desde allí su futuro inmediato, y en poco tiempo el grupo de residentes en el Colegio de España se fue disolviendo, partiendo varios de ellos hacia Inglaterra.

3. UN PEQUEÑO NÚCLEO DE LA RESIDENCIA EN CAMBRIDGE Y OXFORD

La Residencia de Estudiantes había sido comparada siempre con los *colleges* británicos de Oxford y Cambridge que sirvieron de modelo para su creación, y al cabo de unas semanas, Alberto Jiménez Fraud y su familia salieron, paradojas de la vida, con dirección a Cambridge. Allí Jiménez Fraud impartió las prestigiosas conferencias Norman MacColl –que repetiría en 1954–, gracias a la ayuda de un antiguo colaborador de la Residencia, el hispanista y musicólogo John Brande Trend, que desempeñaba en Cambridge la cátedra de español (Pérez de Ayala, 1987).

Jiménez Fraud fue nombrado además miembro del King's College, gracias a las gestiones de Trend y del famoso economista John Maynard Keynes, antiguo conocido de la Residencia y destacada personalidad del King's College y la vida cultural de Cambridge⁵.

En la universidad inglesa se encontró también con uno de sus más cercanos colaboradores, el antiguo residente Jesús Bal y Gay, musicólogo que vivía en Cambridge con su esposa Rosa García Ascot –miembro del madrileño grupo musical de los 8–⁶.

El musicólogo gallego había sido nombrado lector de español en la Universidad de Cambridge gracias a una invitación de su amigo Trend en octubre de 1935, y sería también Trend quien hiciese las gestiones para facilitar el retorno a Cambridge de ambos al iniciarse la Guerra Civil española, que les sorprendió de vacaciones en su tierra natal. Bal continuó allí su labor docente mientras Rosa García Ascot daba algunos conciertos –gracias también a la valiosa colaboración de Trend–, hasta que en 1938, finalizado su contrato como lector, partió como tantos otros hacia tierras mexicanas⁷.

John Brande Trend había colaborado en numerosas ocasiones en las actividades de la Residencia, había dado a conocer en sus libros buena parte del espíritu institucionista que la animaba, y desde el inicio de la Guerra Civil se ocupó con gran energía y eficiencia de ayudar a todos los miembros de la Residencia que pudo.

En las cartas de Trend a su mentor –Edward Joseph Dent–, se puede seguir el rastro de estas relaciones, y en especial la forma en la que Trend se preocupó por el bienestar del director de la Residencia, que en agosto de 1937 tuvo la tentación de regresar a Valencia para presentarse ante el Ministerio de Instrucción Pública. Afortunadamente, Trend le desanimó, y escribió también a Dent pidiéndole encarecidamente que persuadiese en el mismo sentido a Jiménez Fraud, ya él que había visitado la ciudad poco antes y su vida podía correr peligro allí⁸.

Desde hacía algunos años Jiménez Fraud se había dedicado a estudiar la historia de la universidad española en la que se insertaba su proyecto de reforma llevado a cabo con la creación de la propia Residencia de Estudiantes. A comienzos de 1936 había impartido ya algunas conferencias sobre este tema en Estados Unidos, gracias a una invitación del mecenas norteamericano Gregorio del Amo, que al estallar la guerra invitó de nuevo a Jiménez Fraud a instalarse en California. El director de la Residencia prefirió sin embargo vivir en Cambridge, aceptando la invitación de Trend, y en el Christ's College impartió otras conferencias similares, sobre "La ciudad del estudio" en noviembre de 1936, y "La ciudad residencial" en marzo de 1937, según recogía la gaceta oficial de la universidad⁹.

Sus ingresos se completaron con una ayuda de 600 dólares ofrecida por su amigo Gregorio del Amo, y la Fundación Carnegie, para que preparase la edición en forma de libro de sus conferencias¹⁰. De esta forma, Alberto Jiménez Fraud que había estado toda su vida dedicado en cuerpo y alma a la dirección de la Residencia de Estudiantes y sus múltiples actividades, encontró en el exilio el tiempo necesario para realizar su historia de la universidad española, y en Cambridge vivieron también poco después los hijos de Castillejo y Jiménez Fraud, que completaron su formación en la prestigiosa universidad inglesa (Bulmer and Wilkinson, 1963).

Debido a los numerosos lazos afectivos que le unían con España, y a su gran nobleza personal, Trend continuó es-

forzándose por ayudar a todos los españoles que por allí recalaron, y realizó también diversas gestiones para un grupo de niños vascos que se instaló en la pequeña ciudad inglesa. Según bromeaba con Dent, el hispanista sentía entonces que todos los españoles en Cambridge eran como sus sobrinos, y él se consideraba "un gran nepotista, como el papa Borgia"¹¹. Lo cierto es que Trend hizo además algunas gestiones –con la ayuda de Dent– para conseguir un puesto en el King's College de Cambridge a otro de los ilustres colaboradores de la Residencia, Antonio Machado. Tristemente, la respuesta vino firmada por su hermano, indicándole que el poeta había muerto en Colliure, y el puesto lo ocuparía el músico español Roberto Gerhard (Dennis, 1975).

Al inicio del curso 1938-39 el director de la Residencia fue nombrado lector en la Universidad de Oxford por un período de tres años, y miembro del New College¹². De nuevo fue Trend quien ayudó a Jiménez Fraud y su esposa a buscar casa en Oxford, donde se instalaron en septiembre. El director de la Residencia no podía haber encontrado destinos más apropiados en su peregrinaje, pero no se puede contemplar sin un atisbo de tristeza el deambular de un hombre que, a sus 55 años, habiendo desarrollado una labor encomiable y habiendo alcanzado un gran prestigio social y un alto nivel de vida, se vio despojado para siempre de su obra, su mundo y hasta sus más básicas posesiones, teniendo que peregrinar en busca de trabajo, y viéndose obligado a aceptar los muebles y enseres que con la mayor hospitalidad le regalaron sus nuevas amistades en Oxford¹³.

Allí se fue reuniendo de nuevo un pequeño grupo de miembros de la Residencia, que mantuvieron vivos sus viejos lazos, entre los que se encontraba Paulino Suárez, subdirector de la Residencia de Estudiantes, director del Laboratorio de Serología de la misma, y médico personal de Natalia Cossío, a quien trató entonces de la fiebre y los trastornos nerviosos derivados de su situación¹⁴.

También durante esos años vivió en Oxford Severo Ochoa, que fue probablemente el residente más destacado de una amplia nómina de científicos que se formaron en sus laboratorios. Discípulo de otro ilustre miembro de la Residencia, Juan Negrín, Ochoa consiguió salir de España con su esposa en los primeros meses de la guerra gracias a la ayuda de éste. Tras su paso por el Colegio de España en París, Ochoa se instaló en Heidelberg donde intentó

proseguir sus investigaciones junto al profesor Meyerhoff. Sin embargo, la Alemania nazi era un país aún menos acogedor que la España en guerra, y a mediados de 1937 –como Meyerhoff– Ochoa tuvo que abandonar Alemania, pasando por Suiza y Francia, camino de Plymouth, donde Meyerhoff le había conseguido una beca. Allí continuó sus investigaciones hasta comienzos de 1938, cuando se instaló en Oxford con una nueva beca en el Laboratorio de Bioquímica que dirigía Peters (Ochoa, 1999).

La comunidad de antiguos residentes en Oxford estrechó sus lazos aún más en estos años. Severo Ochoa y Paulino Suárez fueron testigos aquí de los testamentos de Pío del Río Hortega y José Castillejo –que vivía en Londres–. Para Ochoa, los dos años que pasó en Oxford antes de su definitiva instalación en Estados Unidos fueron inolvidables, gracias a la estrecha relación personal y científica que mantuvo con sus antiguos compañeros de la Residencia¹⁵.

Pío del Río Hortega fue uno de los científicos españoles más brillantes, y gozaba ya de un extraordinario prestigio internacional antes de 1936. Máximo exponente de la escuela histológica española iniciada por Ramón y Cajal, el científico vallisoletano dirigió desde 1920 el Laboratorio de Histología Normal y Patológica de la Residencia de Estudiantes, en el que se formaron Felipe Jiménez de Asúa, Manuel López Enríquez e Isaac Costero. Director también del Instituto Nacional de Oncología, su trabajo fue propuesto en varias ocasiones para el Nobel, que no llegó a recibir.

En septiembre de 1936 Río Hortega salió hacia Bruselas para participar en un congreso, desde donde marcharía como Jiménez Fraud y Severo Ochoa al Colegio de España en París. Con ellos se reuniría de nuevo poco después en Oxford, donde se instaló los años siguientes, renunciando así a la consideración de pensionado que la JAE –de forma excepcional– le había concedido para trabajar en Venezuela¹⁶.

En Oxford Pío del Río-Hortega trabajó en el Nuffield Institute, donde le trataron con la máxima consideración, hasta el punto de que fue nombrado Doctor Honoris Causa y construyeron para él, siguiendo sus indicaciones, su propio laboratorio (Río-Hortega Bereciartu, 1993, 139-151). Los laboratorios de la Residencia se habían caracterizado por su austeridad, y sus grandes frutos se debieron al ambiente que los rodeaba y a la valía de sus miembros, que supieron

rentabilizar al máximo sus instalaciones. El de Río Hortega había sido siempre un laboratorio provisional, en espera de la creación del gran laboratorio que el insigne científico merecía, y que no se construyó hasta 1935. Severo Ochoa trabajó durante varios años en el vecino laboratorio de Negrín, aunque siempre lamentó no haber podido tener como maestro a don Pío. Vecinos de nuevo en la pequeña comunidad de residentes en Oxford, Severo Ochoa relataba la emoción que le embargó al sentir que entraba en el antiguo laboratorio de don Pío en la Residencia, cuando visitó su centro de trabajo en el Nuffield Institute, ya que el laboratorio que le habían construido en Oxford era, siguiendo sus indicaciones, idéntico al de la calle Pinar.

La estrecha relación que ambos mantuvieron durante estos años en Oxford alimentó su actividad científica, y suavizó en lo posible el dolor de la tragedia española. En Oxford escribió Río Hortega su libro de memorias *El maestro y yo*, al que Severo Ochoa pondría el prólogo. Observando allí la gran destreza y la admirable belleza con la que dibujaba don Pío las células, Severo Ochoa acabó de comprender entonces hasta qué punto el sincretismo y la colaboración que la Residencia había creado entre científicos, escritores y artistas, fue capital en la producción de todos ellos: "los asombrosos resultados de la escuela neurológica española fueron en buena parte el fruto de una simbiosis sin igual de la creatividad artística con la científica", ya que en un tiempo en el que la microfotografía estaba aún empezando, la precisión y riqueza de las descripciones y dibujos de los resultados de sus trabajos, eran esenciales para el desarrollo de sus investigaciones (Ochoa, 1999).

4. EL EXILIO AMERICANO

Apenas tres años después del inicio de la Guerra Civil española, la Segunda Guerra Mundial sumergió en una nueva pesadilla a los españoles que vivían en Inglaterra. La pequeña comunidad de residentes que se había reunido en Oxford se disgregó rápidamente, aunque don Alberto seguiría recibiendo allí las visitas de varios residentes más a lo largo de toda su vida.

En Francia los campos de concentración en los que el gobierno había recluido a la mayor parte de los exiliados

españoles y la posterior ocupación nazi, hicieron que muchos de los residentes tuvieran que huir de nuevo.

Los encuentros de Franco con Hitler y los representantes de Mussolini amenazaron incluso a los españoles que vivían en Inglaterra y Francia, al convertirlos de inmediato en sospechosos de espionaje, aunque el golpe definitivo de los gobernantes europeos sería el reconocimiento del gobierno de Franco, dejando sin pasaporte oficial a casi todos los exiliados, lo que abría la puerta de su inminente deportación y su segura condena.

De esta forma, el continente americano fue el destino definitivo de muchos de los intelectuales españoles, que se sumaron así a los que habían optado por cruzar el Atlántico años atrás.

Severo Ochoa salió de Oxford en septiembre de 1940, y tras un breve paso por México se instaló en Estados Unidos, donde encontró los medios idóneos para proseguir con gran fecundidad su trabajo sobre el ADN y la polimerasa, y recibió –con nacionalidad norteamericana– el premio Nobel de Fisiología de 1959. El Nobel premiaba su extraordinaria carrera profesional y su trabajo en los laboratorios norteamericanos, pero también llenaba de orgullo, y de alguna forma servía de tardío laurel, a todos los que habían trabajado en los laboratorios de la Residencia de Estudiantes y la Junta para Ampliación de Estudios, donde Ochoa había pasado de ser un estudiante de provincias a un científico prometedor.

Varios científicos y destacados profesores de universidad encontraron también acomodo en Estados Unidos, donde Federico de Onís –hombre para todo de la JAE en Nueva York desde 1916– jugaría de nuevo un papel esencial en la recolocación de algunos profesores universitarios, al mismo tiempo que se volcaba cada vez más hacia su trabajo en Puerto Rico (Albert, 2003; Naranjo; Luque y Puig-Samper, 2003) En el Departamento de Estudios Hispánicos, Onís jugó un papel cada vez más decisivo en el asentamiento de una importante labor de cultura hispánica, que tenía en Puerto Rico una gran importancia como elemento de lucha contra la asimilación norteamericana (Naranjo, 2007).

Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí cuidaron durante las primeras semanas de la guerra de un grupo de niños en su propia casa en Madrid. Poco después,

en agosto de 1936 Juan Ramón salió de España como agregado cultural honorario de la embajada española en Washington, colaborando con el gobierno de la República en diversas actividades culturales en Estados Unidos, Cuba y Puerto Rico.

La guerra le produjo al poeta una angustia vital asfixiante, "lo de España no nos deja apartar el pensamiento ni un momento a otra cosa. Tiene uno el corazón tan oprimido que, si se deja uno ir, lloraría todo el día. J. R. está tan angustiado que ni de noche descansa", le escribía Zenobia a Juan Guerrero Ruiz en septiembre de 1936 (Camprubí, 2006, 40).

En Estados Unidos Juan Ramón dio conferencias en la Universidad de Miami, cursos de verano en la de Duke, y clases en la de Maryland, así como en la mayor parte de América Latina. Finalmente se instaló en Puerto Rico, donde Zenobia trabajó en la Universidad de Río Piedras, y el poeta, al calor de la lengua castellana, recobró una parte de la estabilidad emocional –tan importante para él– que había perdido al salir de España. En el exilio Juan Ramón escribió algunos de sus libros más importantes y continuó diseminando por el mundo sus versos inmortales, que serían coronados en 1956 con el otro premio Nobel de la Residencia de Estudiantes.

Como Juan Ramón, la mayor parte del exilio intelectual español se dirigió hacia América Latina. La lengua y la cultura comunes, el conocimiento del medio por parte de algunos de ellos, y la generosidad con que varios gobiernos e instituciones latinoamericanos los recibieron, hicieron algo menos traumático un trance que se convirtió para casi todos en destino.

La Junta para Ampliación de Estudios había creado en América una red de centros que desapareció con el inicio de la dictadura. No obstante, aunque en condiciones distintas, muchos de los centros sobrevivieron al ser autónomos o depender de los Estados americanos. Por otro lado, la participación directa de los miembros de la Junta –y de la propia Residencia– en estas instituciones, las redes de contactos profesionales desarrolladas en las visitas de muchos de ellos años atrás, y la difusión que su trabajo tuvo en América, facilitó en muchos casos su integración, creando verdaderos puentes de solidaridad (Naranjo Orovío, 2007, 283-306; Ribagorda, 2007, 221-250).

Se trataba así de un fruto tardío de la obra de la JAE, que permitió en algunos casos una segunda floración imprevista en tierras americanas. Los rastros de este exilio intelectual se pueden seguir por casi todo el continente, pero fueron especialmente Argentina y México los núcleos donde más se concentraron.

Las acciones de la Junta habían tenido un gran arraigo en Argentina, y Buenos Aires fue uno de los lugares preferidos para el exilio de muchos españoles, a los que se debieron un buen número de corrientes científicas y literarias, que se desarrollaron dentro del florecer cultural argentino.

Desde Oxford, Pío del Río-Hortega partió hacia México, para instalarse definitivamente después en el Río de la Plata, donde sus anteriores visitas a Buenos Aires, así como los discípulos argentinos formados en su laboratorio, habían hecho muy conocida su obra allí. Poco antes de morir, el gran histólogo fundó además los *Archivos de Histología Normal y Patológica* (1943), revista que se convertiría en el principal instrumento para el desarrollo de la Histología en Argentina (López Piñero, 1990).

El antiguo residente Ángel Garma, que había completado su formación con Freud y Adler en Alemania, tras un breve paso por Francia se instaló también en Argentina donde fundó y presidió la Asociación de Psicoanálisis de Argentina, y la *Revista de Psicoanálisis*. Su actuación allí fue fundamental en la difusión del psicoanálisis –tan arraigado hoy en Argentina–, hasta el punto de que su figura es aún recordada y continúa dando nombre al Instituto de Psicoanálisis de Buenos Aires que dirigió (Markez, 2005).

Siguiendo el consejo de Victoria Ocampo, María de Maeztu salió de Madrid en octubre de 1936, y tras un breve paso por la zona fascista, llegó a Nueva York, instalándose definitivamente en Buenos Aires, en cuya universidad ejerció como catedrática (Ribagorda, 2006a). Según recogen Formentín y Villegas, la antigua directora de la Residencia de Señoritas proyectó la creación de una nueva residencia, con la que proseguir al otro lado del Atlántico la obra de toda su vida, como hicieron tantos otros (Formentín y Villegas, 1992, 128). Sin embargo, el proyecto perfilado en 1937 no llegó a realizarse, y regresó después a España para intentar sin éxito retomar las riendas de la original Residencia de Señoritas. Pese a su abierta adhesión a Franco, María de Maeztu sólo consiguió ser "depurada sin

sanción", viéndose apartada de la Residencia de Señoritas, cuyo nombre había cambiado tras la guerra por el de Colegio Mayor Santa Teresa de Jesús, y dependía de la Sección Femenina de la Falange.

Desengañada y dolida, María de Maeztu murió en Mar del Plata en 1948. En su testamento escribió: "No considero como enemigos míos más que a los que impidieron y estorbaron que yo volviese a ocupar mi puesto en España, que hacen a España, fomentando la incultura, el mal irreparable que a mí me hicieron impidiendo la prosecución de mi obra educativa" (Trapiello, 1994, 370).

5. LA "NUEVA ESPAÑA" DE LÁZARO CÁRDENAS

México fue el núcleo más importante del exilio español, debido a la impagable generosidad del gobierno de Lázaro Cárdenas, que frente a la pasividad u hostilidad internacional hacia los españoles, facilitó la acogida de miles de exiliados, e incluso habilitó un espacio apropiado para la reunión del gobierno republicano en el exilio.

Su deferencia hacia los republicanos españoles era fruto de un acendrado compromiso político, moral y humanitario, y no tiene comparación con las acciones de ningún otro país. La hospitalidad de Lázaro Cárdenas se produjo a costa incluso de su popularidad, ya que la llegada de los españoles fue utilizada en su contra en la campaña electoral de 1940. Según indicaba Trend, Cárdenas habló entonces de la conocida necesidad de aumentar la población del país, pero incidió sobre todo en que "aún en este bárbaro mundo moderno, las razones humanitarias deben ser tenidas en cuenta por los países decentes" (Trend, 1940, 166-167).

Cuando la prensa de derechas acusó al presidente mexicano de desestabilizar el país por pretender aceptar la llegada de 3.000 a 5.000 inmigrantes españoles, Lázaro Cárdenas no se anduvo con medias tintas y publicó un comunicado oficial diciendo que "La intención del Sr. Presidente de la República es proveer la incorporación a nuestro medio de 100.000 españoles expatriados", aunque finalmente los problemas de comunicaciones surgidos al estallar la Segunda Guerra Mundial hicieron que fueran muchísimos menos (Costero, 1977, 205-206).

A diferencia de otros países, el gobierno mexicano no hizo una selección profesional de los exiliados que acogió, y a muchos de ellos les ofreció además acomodo profesional en sus propias instituciones. Entre los seis mil exiliados que llegaron a México en la primera oleada, casi quinientos de ellos se registraron como intelectuales, lo que permitió incorporar a las aguas mexicanas un gran caudal de científicos, escritores y profesionales cualificados de toda índole, que contribuyeron en buena medida al desarrollo mexicano de las siguientes décadas.

Más de cuatro siglos después México volvía a ser la "Nueva España", pero los españoles que llegaban entonces no eran ya *gachupines* empresarios, sino intelectuales y trabajadores dispuestos a arrimar el hombro en el desarrollo del país azteca, por lo que la llegada de más de mil españoles en 1939 a bordo del "Sinaia" fue denominada la llegada de "los nuevos padres peregrinos". Para el hispanista John B. Trend esta oleada tuvo la misma importancia que la emigración de los intelectuales que salieron de Constantinopla y se esparcieron por Europa extendiendo la cultura griega, o la de los Hugonotes que huyeron a Inglaterra y América por la revocación del edicto de Nantes y llegaron a ser los mejores ciudadanos de estos países (Trend, 1940, 162).

El principal icono de la actuación del gobierno mexicano con los intelectuales españoles fue la inmediata creación de La Casa de España, de la que fueron miembros fundadores algunos ilustres residentes como José Moreno Villa, Jesús Bal y Gay, Gonzalo Rodríguez Lafora o Pío del Río Horta, además de otros intelectuales como León Felipe, Enrique Díez-Canedo, Juan de la Encina, José Gaos, Agustín Millares Carlo, Luis Recaséns o Adolfo Salazar (Soler, 1999; Lida, 1992). En su estudio de la lengua castellana y su auténtico fervor por la cultura hispánica, John B. Trend tuvo que sustituir entonces –de forma verdaderamente traumática– sus relaciones con España por su nuevo contacto con el mundo mexicano. Para el hispanista, el México de finales de los años 30 y comienzos de los 40 fue "una nueva España con viejos amigos", en la que La Casa de España era el nuevo hogar que el gobierno mexicano había creado para "la España que nunca será destruida, la España que es un país de la mente" (Trend, 1940, 3-5).

La Casa de España –desde 1940 denominada El Colegio de México– estuvo presidida por uno de sus antiguos colaboradores, el ilustre escritor Alfonso Reyes, que fue segunda-

do por Daniel Cosío Villegas –impulsor de las ediciones del Fondo de Cultura Económica–, y realizó una brillantísima labor creando un auténtico centro de altos estudios para la cultura española. El Colegio de México fue en algunos aspectos el digno sucesor de la JAE, tomando de esta algunos de sus objetivos y sistemas de trabajo, y convirtiéndose en la institución que mejor canalizó la forzada fuga de cerebros española, invitando a muchos de los intelectuales a impartir diversos cursos y conferencias, intercediendo en su incorporación a las instituciones de cultura mexicanas e incluso creando algunos centros específicos para que estos continuasen allí sus investigaciones, incorporando con ellos su valioso capital cultural al acervo mexicano (Dosil, 2007, 307-332).

Entre los historiadores españoles se barajó en varias ocasiones la posibilidad de reconstruir el Centro de Estudios Históricos en América. En abril de 1937 Federico de Onís había expuesto ya su idea a Américo Castro de hacer una reconstrucción dispersa del mismo en distintos países de América, a través de la infraestructura de las Instituciones Culturales Españolas, situando la dirección en Nueva York o Buenos Aires¹⁷. El proyecto no prosperó, entre otras cosas porque el antiguo director del Centro –Menéndez Pidal–, lejos de aceptar la invitación, prefirió regresar a España adhiriéndose a Franco. Américo Castro casi no podía creerlo: "Vi a D. Ramón en París, y fue desagradable. Cree que los italianos están haciendo la grandeza de España. Le dije que no valía la pena trabajar sobre España 50 años para llegar a esa conclusión. Somos un país de dementes", le escribía con amargura a Federico de Onís¹⁸.

Según contaba Moreno Villa, en 1937 Genaro Estrada había mostrado ya su interés en crear en México una réplica del célebre Centro de Estudios Históricos de la JAE, incorporando para ello a varios de sus miembros (Moreno Villa, 1976, 235-262) Sin embargo, como indican Clara Lida y Francisco Javier Dosil, fue Silvio Zabala quien –con el apoyo de Alfonso Reyes–, daría el impulso definitivo a la creación del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, inaugurado de forma simbólica el 14 de abril de 1940. El nuevo centro era una réplica del español que contó además con algunos de sus miembros como Rafael Altamira, Agustín Millares Carlo y Francisco Barnés, el antiguo residente Jesús Bal y Gay, y otras figuras de la talla de José Gaos, Josep Carner o Rafael Sánchez Ventura (Lida, 1992; Dosil, 2007, 307-332).

Poeta, pintor, crítico literario, archivero, historiador del arte y tantas otras cosas, Moreno Villa había sido uno de los colaboradores más importantes de Jiménez Fraud en la Residencia de Estudiantes. En noviembre de 1936, la noche antes de ser evacuado a Valencia, el poeta malagueño contemplando sus trabajos y posesiones que había ido reuniendo en los últimos 20 años, pensó: "¿Qué cosas me llevaría conmigo? Todas eran preciosas para mí. 'No sacaré nada; puede ser que dentro de unos días volvamos todos'". En Valencia Moreno Villa trabajó en la Casa de la Cultura, donde el gobierno republicano intentó proseguir algunas de las actividades de la JAE. Tras colaborar en la embajada de España en Washington, en marzo de 1937 llegó a México, donde estuvo clasificando los cuadros de los Bienes Nacionales (Moreno Villa, 1976, 222).

Trabajando en El Colegio de México, Moreno Villa escribió y tradujo varias obras que se publicaron en el Fondo de Cultura Económica. En 1939 Trend le encontró metido más de lleno que nunca en la pintura, pero le sobrecogió la imagen de un artista que no tenía ya ninguno de sus cuadros ni sus libros, y a sus 52 años todo lo que tenía cabía en una pequeña habitación (Trend, 1940, 12-15).

En México Moreno Villa realizó algunas exposiciones, publicó varios libros, y formó una familia. Se puede decir que el pintor malagueño culminó su vida y su obra con plena satisfacción en tierras mexicanas, pero sus memorias reflejan como nada le pudo arrancar la sensación de haber perdido para siempre el suelo bajo sus pies.

Tras un intento frustrado de ir a Chile, en México se exilió también el poeta Emilio Prados, de quien Moreno Villa había sido amigo en la Residencia. Allí llegó en mayo de 1939, acogiéndole Octavio Paz en su propia casa. Trabajó después como editor para José Bergamín y Juan Larrea en la editorial Séneca y la revista *Cuadernos Americanos*, frutos brillantes del exilio español en México.

Prados se instaló entonces en un apartamento de Cuauhtémoc, zona en la que vivía un amplio sector del exilio español. Allí colaboró en el Instituto Luis Vives, escuela fundada por los refugiados institucionistas que iban reactivando su actividad pedagógica en tierras mexicanas. De la misma manera continuó desarrollando una importante actividad poética, con libros como *Mínima muerte* o *Jardín cerrado*, e hizo resurgir la revista *Litoral* en 1944, tras la

llegada de Manuel Altolaguirre, contando con la activa colaboración de Moreno Villa, Juan Rejano y Francisco Giner de los Ríos¹⁹.

También el musicólogo Jesús Bal y Gay trabajó en el Colegio de México, siendo nombrado en 1947 director del Departamento de Investigaciones Musicales del Instituto Nacional de Bellas Artes. Fue crítico musical de varios diarios, escribió y estrenó algunas obras, participó en la fundación de la revista *Nuestra Música*, abrió la galería de arte *Diana*, y participó en la dirección de la Radio de la UNAM (Villanueva, 2006).

En México desarrollaron también buena parte de su carrera otros ilustres residentes como Buñuel, que tras su paso por el MOMA neoyorkino y su trabajo en la Warner, rodó allí algunas de sus mejores y sus peores películas; el historiador Bosh Gimpera que llegó invitado por El Colegio de México y fue profesor de la UNAM; el ingeniero Anselmo Carretero que participó en la fundación de la revista *Las Españas*; o el arquitecto Arturo Sáenz de la Calzada.

El químico Antonio Madinaveitia, que había sido director de uno de los laboratorios de la Residencia, llegó desde la Sorbona en julio de 1939, invitado por La Casa de España para encabezar la creación del Instituto de Química de la UNAM, continuación trasatlántica de la sección de Química que dirigía desde hacía años en el Instituto Nacional de Física y Química de la JAE. En él, Madinaveitia continuó con sus estudios sobre los medicamentos orgánicos y sus trabajos convirtieron el nuevo Instituto en una de los centros más prestigiosos del país (Dosil, 2007; Enríquez Perea, 2000).

Otros destacados miembros de los laboratorios de la Residencia como Gonzalo Rodríguez Lafora, Isaac Costero o Sixto Obrador tuvieron una intervención decisiva en la fundación del Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos, creado por el Colegio de México con el apoyo de la Fundación Rockefeller, y adherido posteriormente a la UNAM. Éste fue el primer centro de investigación neuropsiquiátrica de México, y se convirtió en uno de los principales ejes de difusión de la escuela histológica española, donde Lafora realizó una gran labor antes de su temprano regreso a España (Dosil, 2007; Enríquez Perea, 2000).

Las memorias de Isaac Costero reflejan con cierta viveza las encrucijadas personales y profesionales a las que

tuvieron que enfrentarse muchos de los miembros de la Residencia. Discípulo de Río Hortega en los laboratorios de la Residencia, y profesor en la Universidad de Valladolid, al estallar la guerra Costero fue enjuiciado con acusaciones peregrinas de quienes pensaban que los documentales de divulgación científica que proyectaba en la universidad eran obras subversivas y pecaminosas. Ante tal situación, en 1937 Costero escribió a sus contactos en diversos laboratorios para salir de España. De las universidades de Burdeos, Montpellier, Friburgo, Lyon y París llegaron de inmediato generosas invitaciones para contar con los servicios del prestigioso científico de la Junta, y rápidamente Costero se incorporó al Laboratorio de Neurocirugía del Hospital de la Pitié, donde Vincent y Berdet se desvivieron en atenciones de todo tipo.

París pronto dejó de ser un lugar seguro, y Costero tuvo entonces que enfrentarse a la decisión más importante de su vida. Por una parte Wilder Penfield le había escrito desde Montreal ofreciéndole una beca de la Fundación Rockefeller, y todo tipo de orientaciones profesionales "para gozar la vida reposada del investigador en un país superdesarrollado". Por otro lado Tomás Gutiérrez Perrín –figura destacada de la ciencia mexicana que se había formado en la Universidad de Valladolid junto a Río Hortega– le escribió comunicándole con alegría que podía mantener "legítimas esperanzas de que Ud. reafirme en México la Escuela histológica española". La oferta del Rector de la Universidad de Valladolid era por el contrario penosa: si no tenía ningún crimen podría regresar a su cátedra, "lo más que podrá sucederle será estar unos meses en la cárcel en tanto le depuran".

Su mujer le sacó de dudas: Canadá le ofrecía el mejor desarrollo profesional, el camino de los Nobel, pero no conocían el idioma, veían difícil llegar "al fondo espiritual de los canadienses", y su integración en el país sería difícil y larga, mientras que para sus hijos sería más sencilla y pronto se irían alejando de ellos. "En cambio, México empezó para nosotros como la Nueva España y, en efecto, los mexicanos son parte de nuestra misma familia; hablan castellano y piensan en español. Y para terminar su arenga añadió: Por mi parte, voto sin duda por México. Lee bien lo que dice don Tomás y verás claramente que él es quien te ofrece la carta del triunfo". Al amanecer del 15 de agosto de 1937 llegaron a Veracruz, y el día 30 ya estaba trabajando (Costero, 1977, 193-195). Costero

fue una figura destacada en el recién creado Instituto de Cardiología, –donde trabajó con los antiguos residentes Ramón Pérez Cirera e Isaac Ochotorena–, en el Hospital General de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, la Facultad de Medicina de la UNAM, Instituto Politécnico Nacional, la Secretaría de Educación Pública y La Casa de España, llegando a ser presidente de la Academia Nacional de Medicina (Costero, 1977, 201).

El antiguo director del Laboratorio de Fisiología de la Residencia, Juan Negrín, visitó México en varias ocasiones mientras fue presidente del gobierno republicano en el exilio, y en México se instalaron dos de sus discípulos de la Residencia y estrechos colaboradores políticos: José Puche y Rafael Méndez.

Puche ocupó durante la guerra varios cargos técnicos en el gobierno, además de dirigir el Instituto de Higiene y Alimentación en el que se realizaron estudios fundamentales sobre la nutrición. En 1940, ya en México, como presidente del Comité Técnico de Ayuda a los Refugiados Españoles (CTARE), se encargó de organizar varias empresas e instituciones para dar trabajo a los exiliados. Poco a poco fue reanudando su carrera como fisiólogo, en el Instituto Politécnico Nacional y la Facultad de Medicina de la UNAM, siendo además director de la fundamental revista *Ciencia*, y presidente del Ateneo Español Republicano en México en 1973 (Barona Vilar y Mancebo, 1989; Puig-Samper, 2001).

Otro de los hombres de confianza de Negrín durante la guerra fue el cardiólogo Rafael Méndez. Formado igualmente en su laboratorio de la Residencia, fue después encargado de la compra de armas, víveres, etc., para el gobierno de la República, y estuvo al frente del Cuerpo de Carabineros. Ya en el exilio Méndez se instaló en México en 1946 procedente de Estados Unidos, y fue nombrado Jefe del Departamento de Farmacología del Instituto Nacional de Cardiología, profesor de la recién creada Escuela de Graduados de la UNAM, y coordinador de los Institutos Nacionales de Salud mexicanos.

En sus memorias hablaba de la importancia de las escuelas científicas de fisiología y farmacología creadas por los exiliados españoles en México, a partir de “la siembra que desperdigó don Juan Negrín por este continente”. Méndez estimaba además –con gran acierto– que en este sentido

deberíamos hablar de caminos de ida y vuelta, porque no sólo hubo españoles que esparcieron sus conocimientos por México, sino que muchos médicos, especialmente los más brillantes cardiólogos españoles durante el franquismo, se habían formado en el Instituto Nacional de Cardiología de México (Méndez, 1987).

En México, y gracias a las ediciones del Fondo de Cultura Económica se publicaron y difundieron las obras de muchos exiliados españoles, y entre ellas mucha de la producción de las personas más ligadas a la Residencia, como Moreno Villa, Emilio Prados, Pedro Salinas, Bal y Gay, o el propio Alberto Jiménez Fraud, que fue publicando allí sus estudios sobre la historia de la universidad española, sobre los que había ido impartiendo conferencias en Estados Unidos e Inglaterra.

6. "APARTE, COMO NAIPE CUYA BARAJA SE HA PERDIDO"

Durante la dictadura, el trabajo de muchos de los residentes en el exilio produjo una segunda floración que tuvo una gran importancia en el desarrollo de la ciencia y la cultura latinoamericanas y se integró en el primer nivel de la producción intelectual europea. Se trataba de una nueva cosecha que se debía en buena medida a las semillas que la Junta para Ampliación de Estudios había ido esparciendo con la creación de diversas redes culturales durante las décadas anteriores.

La pertenencia a un grupo sociológico bien definido, de raíz común, muy cohesionado, y marcado por vivencias históricas similares, hizo que muchos de los residentes mantuvieran individualmente los valores que la Residencia les había inculcado, e incluso algo de su sentimiento de comunidad espiritual.

Rafael Méndez evocaba en sus memorias los encuentros que se produjeron a lo largo de todo su exilio americano con otros antiguos miembros de la Residencia de Estudiantes, como Buñuel, Luis Fanjul, Anselmo Carretero, Ángel Garma o García Pelayo. “La hermandad de los residentes no terminó con nuestra salida de la Casa. Perdura a través de los lustros (...) tengo la sensación de que gozamos nuestro encuentro con la emoción de familiares queridos” (Méndez, 1987, 20).

Con esa emoción varios de los antiguos residentes se reunieron en 1960 en México y España, con el objetivo de reflotar la antigua revista *Residencia*, en conmemoración del cincuentenario de la fundación de la Residencia de Estudiantes, y Jiménez Fraud publicó en Oxford una pequeña edición de su libro *Cincuentenario de la Residencia de Estudiantes. 1910-1960. Palabras del presidente de la Residencia*, que apareció en España mutilado por la censura²⁰.

Una parte de la comunidad institucionista se había reagrupado en México y venía editando desde hacía varios años el *Boletín de la Corporación de antiguos alumnos de la "Institución Libre de Enseñanza"*, del *"Instituto-Escuela"* y de la *"Residencia de Estudiantes"* de Madrid, y sería desde ese núcleo, pero contando también con la colaboración de otros miembros de la casa dispersos en otras latitudes, y bajo la coordinación del propio Alberto Jiménez Fraud y Jesús Bal y Gay, como se editaría el número homenaje de la revista *Residencia* publicado en México en diciembre de 1963.

Esta publicación alentaría además, bajo el lema de "la Reconquista de la Residencia", un intento de actividad conjunta en España entre los antiguos residentes que se venían reuniendo desde 1958, y que apenas consiguió alumbrar un nuevo número de la revista bajo el nombre de *Cuadernos Residencia*, publicado en Valencia en 1964.

El intento de restablecer algo del protagonismo de la Residencia en la España de los años 60 quedó frustrado, ya que como le escribía a propósito del cincuentenario de esta Luis Calandre a Alberto Jiménez Fraud, de ella quedaba ya sólo el recuerdo: "La Residencia murió hace más de 20 años ¡que le vamos a hacer! No fue nuestra culpa. Existe el mundo de los muertos y el mundo de los vivos. Los muertos, muertos están y los vivos viven como pueden.

Pero entre un mundo y otro hay un puente que los une, que es el puente del recuerdo. Y éste perdura firme para todos los antiguos residentes"²¹.

Entre los miembros de la Residencia que sobrevivieron al dictador sobresalen los nombres de Severo Ochoa y Manuel García Pelayo –historiador del derecho y el pensamiento político exiliado en Argentina, Puerto Rico y Venezuela–. Tras la muerte de Franco ambos regresaron a España manteniendo una importante actividad profesional: Severo Ochoa participó activamente en la fundación del Centro de Biología Molecular, mientras que García Pelayo fue presidente del Tribunal Constitucional, pudiéndose recuperar de esta forma algo del capital científico y humano que la dictadura había dilapidado, enriquecido con el trabajo realizado durante más de cuarenta años en sus países de acogida.

Sin embargo, se trata de dos casos verdaderamente excepcionales, que sólo ponen de manifiesto cómo entre los méritos de la dictadura de Franco se encuentra en lugar destacado el haber desperdiciado por completo un importantísimo caudal científico y cultural, el más extraordinario de la historia española. En esa fuga de cerebros forzada, ese capital humano e intelectual despilfarrado y masacrado, se encuentran muchas de las causas del atraso científico y cultural de España.

Al separar para siempre a lo más granado de estas generaciones del entorno y la fructífera colaboración en la que habían alumbrado la Edad de Plata de la cultura y la ciencia españolas, Franco y sus colaboradores despojaron a nuestro país de sus intelectuales más valiosos que, como profetizaron los versos de Luis Cernuda, tuvieron que continuar su vida ya siempre "aparte, como naípe cuya baraja se ha perdido" (Cernuda, 2002, 78).

NOTAS

1 "Carta de Luis Calandre a Luis Planeles, marzo de 1960", Archivo Luis Calandre (ALC), Colección Cristina Calandre. Agradezco a Cristina Calandre las facilidades prestadas para la consulta de este archivo.

2 "Carta de Américo Castro a Federico de Onís. Buenos Aires, 8 de mayo de 1937", Archivo Federico de Onís (AFO), Biblioteca del Seminario Federico de Onís. Departamento de Estudios Hispánicos, Universidad de Puerto Rico. Agradezco a Matilde Albert sus gestiones para facilitarme la consulta de este archivo.

Recibido: 19 de noviembre de 2007

Aceptado: 22 de julio de 2008

- 3 "La Cité Universitaire de Paris", *Residencia*, III, 4 (octubre 1932), pp. 104-113, y "Una nueva residencia de estudiantes: el Colegio de España en París", *Residencia*, IV, 6 (diciembre 1933), pp. 217-220.
 - 4 "Carta de Blas Cabrera a José Ortega y Gasset, París 23 de octubre de 1936", "Cartas de Xavier Zubiri a José Ortega y Gasset, París 24 y 30 de septiembre de 1936", Archivo de José Ortega y Gasset (AJOG), Fundación Ortega y Gasset, Madrid.
 - 5 "King's College Academic and Tutorial Records, 1937". King's College Archive (KCA), Cambridge.
 - 6 "Cartas de J. B. Trend a E. J. Dent, 1935-1940", E. J. Dent Archive (EJDA), King's College Modern Archives, Cambridge.
 - 7 Lamentablemente los directores de la Fundación Residencia de Estudiantes no me han permitido consultar la documentación del Archivo Jesús Bal y Gay depositada en sus instalaciones, que he solicitado de forma reiterada en los últimos años, y que incluye buena parte de la correspondencia de Alberto Jiménez Fraud con los residentes en el exilio, a propósito de la celebración del cincuentenario de la Residencia en 1960.
 - 8 "Carta de J. B. Trend a E. J. Dent, Ámsterdam 23 de agosto de 1937", EJDA.
 - 9 *Cambridge Univesity Reporter*, 3091, vol. LXVII, n.º 10 (10 de noviembre de 1936), pp. 307 y 3102, vol. LXVII, n.º 21 (2 de febrero de 1937), p. 624.
 - 10 "Carta de Alberto Jiménez Fraud a Gregorio del Amo, Christ's College, Cambridge, 26 de enero de 1938", Fundación Gregorio del Amo (FGA), Los Ángeles. Agradezco a Pablo León y Antonio Niño sus gestiones para facilitarme la consulta de estas cartas.
 - 11 "Carta de J. B. Trend a E. J. Dent, Christ's College, Cambridge, 12 de noviembre de 1937", EJDA.
 - 12 "Cartas de Alberto Jiménez Fraud a Gregorio del Amo, Cambridge 21 de septiembre de 1938, y Oxford 15 de diciembre de 1938", FGA.
 - 13 "Carta de John B. Trend a E. J. Dent, septiembre de 1938", EJDA.
 - 14 "Cartas de John B. Trend a E. J. Dent, Crist's College, Cambridge, 15 de octubre, 12 y 16 de noviembre de 1938", EJDA.
 - 15 Severo Ochoa: "Discurso de investidura Doctor Honoris Causa de la Universidad de Valladolid". 11 de mayo de 1988. Legado Severo Ochoa (LSO), Museo Príncipe Felipe (Ciudad de las Artes y las Ciencias), Valencia.
 - 16 "Expediente de Pío del Río Horteaga", Archivo de la Junta para Ampliación de Estudios (AJAE), Madrid.
 - 17 "Carta de Federico de Onís a Américo Castro, 13 de abril de 1937", AFO.
 - 18 "Carta de Américo Castro a Federico de Onís. Buenos Aires, 1 de octubre de 1938", AFO.
 - 19 Lamentablemente los directores de la Fundación Residencia de Estudiantes tampoco me han permitido consultar la documentación de los archivos de Moreno Villa y Emilio Prados depositada en sus instalaciones, que vengo solicitando de forma reiterada en los últimos años.
 - 20 "Cartas de José Solís a Luis Calandre, 1960", Archivo Luis Calandre, Colección Cristina Calandre.
 - 21 "Carta de Luis Calandre a Alberto Jiménez Fraud", ALC.
- Barona Vilar, José Luis y Mancebo M.ª Fernanda (1989): *José Puche Álvarez (1896-1979). Historia de un compromiso*, Valencia, Generalitat Valenciana.
- Bulmer, R. H. y Wilkinson, L. P. (1963): *A register of admissions to King's College Cambridge 1919-1958*, London, King's College Association.
- Cacho Viu, Vicente (1988): "La Junta para Ampliación de Estudios, entre la Institución Libre de Enseñanza y la Generación de 1914", Sánchez Ron, José Manuel (ed.): *1907-1987. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*, Madrid, CSIC, vol. II, 3-26.
- Camprubi, Zenobia (2006): *Epistolario I. Cartas a Juan Guerrero Ruiz 1917-1956*, Madrid, Fundación Residencia de Estudiantes.
- Carbajosa, Mónica y Carbajosa, Pablo (2003): *La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de la Falange*, Barcelona, Crítica.
- Castillejo, David (ed.) (1999): *Los intelectuales reformadores de España*, Madrid, Castalia, vol. 3.
- Cernuda, Luis (2002): "Para unos vivir", *La Realidad y el Deseo (1924-1962)*, Madrid, Alianza.
- Costero, Isaac (1977): *Crónica de una vocación científica*, México D. F., Editores Asociados.
- Dennis, Nigel (1975-1976): "Asilo en Cambridge para Antonio Machado", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 304-307, 445-459.
- Dosil Mancilla, Francisco Javier (2007): "La JAE peregrina", *Revista de Indias*, LXVII, 239, 307-332.
- Enríquez Perea, Alberto (comp.) (2000): *Exilio español y ciencia mexicana. Génesis del Instituto de Química y del Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos de la UNAM (1939-1945)*, México DF, El Colegio de México-UNAM.

BIBLIOGRAFÍA

Albert Robatto, Matilde (2003): *Federico de Onís: cartas con el exilio*, A Coruña, Edicions do Castro.

- Formentín Ibáñez, Justo y Villegas Sanz, M.ª José (1992): *Relaciones culturales entre España y América: La Junta para Ampliación de Estudios (1907-1936)*, Madrid, MAPFRE.
- Gracia, Jordi (2004): *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama.
- Jiménez Fraud, Alberto (1972): *La Residencia de Estudiantes. Visita a Maquiavelo*, Barcelona, Ariel.
- Jiménez Fraud, Alberto (1989): *Residentes: semblanzas y recuerdos*, Madrid, Alianza.
- Lida, Clara E. (1992): *La Casa de España en México*, México D. F., El Colegio de México.
- López Piñero, José María (ed.) (1990): *Pío del Río-Hortega*, Madrid, Fundación Banco Exterior.
- Markez, Iñaki (2005): *El bilbaíno Ángel Garma (1904-1993), fundador del psicoanálisis argentino*, Bilbao, Temas Vizcaínos.
- Méndez, Rafael (1987): *Caminos inversos. Vivencias de ciencia y guerra*, México, FCE.
- Moreno Villa, José (1976): *Vida en claro. Autobiografía*, Madrid, FCE.
- Naranjo, Consuelo; Luque, M.ª Dolores y Puig-Samper, Miguel Ángel (eds.) (2003): *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*, Madrid, CSIC-CIH-Universidad de Puerto Rico.
- Naranjo Orovio, Consuelo (2007): "Los caminos de la JAE en América Latina: redes y lazos al servicio de los exiliados republicanos", *Revista de Indias*, LXVII, 239, 283-306.
- Ochoa, Severo (1999): *Escritos*, Madrid, CSIC.
- Pérez de Ayala, Juan (1987): *Alberto Jiménez Fraud (1883-1964) y la Residencia de Estudiantes (1910-1936)*, Madrid, Ministerio de Cultura-CSIC.
- Puig-Samper, Miguel Ángel (2001): "La revista Ciencia y las primeras actividades de los científicos españoles en el exilio", Sánchez Andrés, Agustín y Figueroa Zamudio, Silvia (coords.): *De Madrid a México. El exilio español y su impacto sobre el pensamiento, la ciencia y el sistema educativo mexicano*, Morelia, Universidad Michoacana - Comunidad de Madrid, 95-125.
- Ribagorda, Álvaro (2006a): "El drama de los liberales: la Residencia de Estudiantes durante la guerra civil", *Claves de Razón Práctica*, 160, 58-65.
- Ribagorda, Álvaro (2006b): "La revista Residencia: entre el boletín y la alta divulgación", *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 63-64, 311-336.
- Ribagorda, Álvaro (2007a): "Las publicaciones de la Residencia de Estudiantes", *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*, VII, 25, marzo, 43-64.
- Ribagorda, Álvaro (2007b): "La Residencia de Estudiantes y América Latina: Caminos de ida y vuelta", *Revista de Indias*, LXVII, 239, 221-250.
- Ribagorda, Álvaro (2007c): "Una ventana hacia Europa: la Residencia de Estudiantes y sus actividades culturales (1910-1936)", *Circunstancia*, V, 14.
- Río-Hortega Bereciartu, Juan del (Ed.) (1993): *Pío del Río-Hortega: Epistolario y otros documentos inéditos. (1902-1930)*, Valladolid, Universidad de Valladolid.
- Soler Vinyes, Martí (1999): *La casa del éxodo. Los exiliados y su obra en La Casa de España y El Colegio de México (1938-1947)*, México D. F., El Colegio de México.
- Suñer, Enrique (1938): *Los intelectuales y la tragedia española*, San Sebastián, Editorial Española (2.ª ed.).
- Trapiello, Andrés (1994): *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil*, Barcelona, Planeta.
- Trend, John Brande (1940): *Mexico. A new Spain with old friends*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Umbra, Francisco (1991): *Leyenda del César Visionario*, Barcelona, Seix Barral.
- Villanueva, Carlos (ed.) (2006): *Bal y Gay. Tientos y silencios 1905-1993*, Madrid, Fundación Residencia de Estudiantes.
- VV. AA. (1940): *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Editora Nacional.